como el propio edificio. De hecho, todo decae en el poema: el edificio en sí se está cayendo, declina el día, cae la nieve y hasta los enfermos parecen estar esperando, asomados al ventanuco, el final de sus días. La idea de la muerte, que asoma al principio en la imagen de la *sombra eterna* se ve reforzada con la alusión a la *fosa* y a *la tierra fría* en la descripción del caer de la nieve (versos 14 y 15).

El tema de la muerte es una constante en la obra de Antonio Machado, como lo es la simbología elegida para tratarlo (el ocaso –final del día– o el invierno –final del año–). Aunque, en este caso, la idea que más se destaca es la del abandono; pues, en realidad, leyendo el poema no sabemos si esos *rostros* asomados a la ventana son rostros de huérfanos, de peregrinos o de enfermos –físicos o mentales– y muy poco nos dice al respecto el término *hospicio*, cuyo significado contempla todas las posibilidades anteriores (documentándonos algo más podremos comprobar que se trata de un hospicio para niños de la ciudad de Soria y que algunos investigadores de la época ya denunciaban «las malas condiciones de habitabilidad del edificio y la triste suerte de los niños que lo habitan»). Lo que sí podemos extraer de la lectura es que el mundo parece haberse olvidado de esos seres en un lugar en medio de la nada y que el poeta, conmovido, ha hecho un alto en su camino para describirnos su dolor. En este sentido, es conocida la atención de Machado a las desigualdades sociales y el interés por los personajes marginados o desvalidos, como estos que habitan el hospicio. *Hospicio* se convierte, así, en un testimonio social.

Pero el poema admite, en clave simbólica, otra interpretación. Como sabemos, el texto pertenece a la obra *Campos de Castilla*, libro de evidente signo noventayochista. Aunque nada se nos dice de la ubicación del hospicio del texto (excepto que está entre *campos yermos* de algún lugar de provincias), podemos suponer que se trata de Castilla (si tenemos la oportunidad de documentarnos, como hemos visto, sabremos que está en la ciudad de Soria). El tema del abandono de los campos y las descripciones de los desolados paisajes castellanos, era un lugar común en los autores del 98, que veían en la decadencia de Castilla el símbolo de la decadencia de España. Desde esta perspectiva, el ruinoso hospicio machadiano se convierte en símbolo metonímico de la ruina de todo un imperio y la actitud contemplativa y pasiva de sus huéspedes, podría entenderse como la abulia con que, según estos autores, la mayoría de los españoles contemplaba la crisis en que estaba sumida su tierra.

El poema de Machado nos deja, en cualquier caso, un poso de tristeza. El tono evocador, nostálgico y melancólico del poeta (los sugerentes puntos suspensivos, las conmovedoras exclamaciones…) dejan sin aliento al lector que se contagia de la mirada triste del poeta y se frustra en su imposibilidad de ayudar a esos seres desamparados que miran *atónitos* por un ventanuco. El texto es ahora la ventana a la que los lectores se asoman (para completar el juego de miradas) a ver a Machado mirar los rostros que miran y *atónitos* nos quedamos nosotros tras su lectura.

Por fortuna, han cambiado mucho las cosas en nuestro país desde ese atardecer en que Antonio Machado se asomó al mundo de su hospicio para retratarnos el estado en que vivían (o morían) sus huéspedes. Las casas de acogida, orfanatos y hospitales –aún teniendo en cuenta que, evidentemente, son lugares donde no es deseable vivir– están hoy en día mucho más cuidados que entonces. Sin embargo, no hay más que mirar hacia otros países de África, Asia o América del Sur para darse cuenta de que esto no es así en todo el mundo. Es frecuente leer en prensa noticias sobre el estado lamentable y las míseras condiciones en que se encuentran estos lugares, en muchas ocasiones por falta de recursos pero en otras, por razones mucho menos comprensibles.